

Milagro

Vino la primavera de 1909 en la próspera ciudad norteamericana de Cleveland, de la que el barrio de Gates Avenue era el más pobre; barrio sucio, polvoriento, sin luz ni agua, sumido al soporífero abandono que engendra la miseria endémica, sin un rayo de esperanza ni un estímulo de mejoramiento.

La escuela elemental de niñas de Miles Park rebosaba de alegría; todas las alumnas estrenaban nuevos vestiditos primaverales, excepto una, del barrio de Gates Avenue, que seguía usando el manchado guardamarina y la harapienta saya de invierno, porque éstas eran sus únicas prendas. Su rostro estaba salpicado de suciedad y sus cabellos formaban un enmarañado remolino. Con todo ello, se apreciaban unas facciones bonitas, una cara vivaracha, simpática. La profesora suspiró — «Ruégote te laves la cara mañana por la mañana, antes de venir a la escuela. Hazlo por mí». A la mañana siguiente volvió la niña impecablemente limpia y peinada, pero con la misma mugrienta indumentaria. Entonces la profesora compró y le regaló un delantal azul que la niña cogió con manos ávidas y corrió hacia su casa.

Cuando su padre la vió con el delantal azul, quedó boquiabierto, pestañeó, con la idea de que tenía una bella hijita, aunque hasta entonces no se había dado cuenta. Más se sorprendió al ver un mantel sobre la mesa, a la hora de la comida, pues estas formalidades no eran propias de la familia.

Preguntó algo alarmado que es lo que había sucedido a su esposa, que le replicó — «Desde ahora vamos a vivir para nuestra pequeña», y después de la comida empezó a fregar, restregar, a poner en orden toda la casa. El marido se quedó un rato mirando, y sin decir palabra, se fué al patio a reparar la valla. Al día siguiente quitaba todos los trastos y empezaba a cavar el jardín.

Al cabo de una semana, un vecino que lo observaba se puso a pintar su casa, por vez primera desde tiempo inmemorial. Los demás vecinos, como hipnotizados, siguieron, el ejemplo, hasta que el barrio quedó transformado. Ello impresionó al reverendo T. Alfredo Felming que se maravillaba de tan espontánea como inesperada actividad de sus feligreses. Dijo entre sí — «Hombres que trabajan desesperadamente para tener un hogar decente en un lugar como éste, merecen ayuda.» Acudió a las autoridades y consiguió con su influencia que la calle fuera pavimentada y que se instalaran las conducciones de agua y de luz. Siguió una vasta campaña en varios estados de la Nación, publicándose miles de plamfletos con relación a la limpieza y urbanización de las ciudades, instituyéndose incluso premios y honores para las que más destacasen. El milagro del delantal azul no es ninguna quimera. Sucedió, en una forma algo inverosímil, muy americana, pero sucedió; cuando el entusiasmo sin límites surge en cualquier empresa se obtiene lo que de otra manera parece imposible.

De la niña del delantal azul podemos pasar a nuestra ciudad, porque existen analogías. Es realmente atractiva, con su espléndida situación frente al rutilante Mediterráneo, Pero su belleza es mutilada por muchos edefesios y raquitismos ubicados aquí y allá y en el mismo meollo de la población.

Desde hace una temporada se ha iniciado una campaña contra la dejadez observada en nuestra